

Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo

Primera lectura del libro del Deuteronomio (Dt 8, 2-3. 14-16)

En aquel tiempo, habló Moisés al pueblo y le dijo: “Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para ponerte a prueba y conocer si ibas a guardar sus mandamientos o no. Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que ni tú ni tus padres conocían, para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. No sea que te olvides del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto y de la esclavitud; que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, lleno de serpientes y alacranes; que en una tierra árida hizo brotar para ti agua de la roca más dura, y que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres”.

Salmo Responsorial

Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20

R. Bendito sea el Señor.

Glorifica al Señor, Jerusalén;
a Dios ríndele honores, Israel.
El refuerza el cerrojo de tus puertas
y bendice a tus hijos en tu casa.

El mantiene la paz en tus fronteras,
con su trigo mejor sacia tu hambre.
El envía a la tierra su mensaje
y su palabra corre velozmente.

Le muestra a Jacob sus pensamientos.
sus normas y designios a Israel.
No ha hecho nada igual con ningún pueblo
ni le ha confiado a otro sus proyectos.

Segunda lectura de la Primera Carta del Apóstol San Pablo a los corintios (1 Co 10, 16-17)

Hermanos: El cáliz de la bendición con el que damos gracias, ¿no nos une a Cristo por medio de su sangre? Y el pan que partimos, ¿no nos une a Cristo por medio de su cuerpo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque todos comemos del mismo pan.

Evangelio de San Juan (Jn 6, 51-58)

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida”. Entonces los judíos se pusieron a discutir entre sí: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” Jesús les dijo: “Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes. El que

come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él, así también el que me come vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo; no es como el maná que comieron sus padres, pues murieron. El que come de este pan vivirá para siempre”.

Homilía

Un nuevo tiempo inaugural

Eduardo Casas

Este domingo celebramos la solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor: *Corpus Christi*. Ciertamente el Cuerpo y la Sangre de Jesús desde mediación del sacramento de la Eucaristía.

En la primera lectura tomada del Libro del Deuteronomio, mientras el pueblo de Israel camina durante cuarenta años por el desierto en busca de la tierra prometida por Dios, Moisés exhorta: “*acuérdate del largo camino que el Señor, tu Dios, te hizo recorrer*” (8,2) y el texto alude dos veces a la aflicción del pueblo en medio del desierto.¹

También nosotros hemos transitado unos meses en el desierto del confinamiento y del aislamiento debido a la pandemia. Muchos han estado preocupados, angustiados y afligidos.

En la lectura, Dios le recuerda a su pueblo que han pasado hambre y que han podido aprender que “*no sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios*” (8,3). También muchos de nosotros, como creyentes, en este tiempo, nos hemos alimentado más abundantemente de la Palabra de Dios ya que, en razón del cierre de los templos, el acceso a la celebración de la Eucaristía no era posible. Fue una experiencia de desierto y de ayuno del principal alimento espiritual que un cristiano tiene. Dios ha querido que ayunáramos de ese precioso y preciado don. Y así como Dios, en la peregrinación de su pueblo, lo alimentó con el milagroso maná, un pan sutil llovido del cielo; así también, a lo largo de todo nuestro desierto de pandemia, Dios -de múltiples maneras- nos alimentó con dones del cielo. Es muy bueno pensar con qué nos hemos nutrido espiritualmente en este tiempo de desierto. El Dios de Israel hizo brotar agua incluso de las piedras del desierto. Para Dios no hay nada imposible, en ningún lugar y en ninguna circunstancia.

Por su parte el salmo responsorial señala que Dios sacia con su mejor trigo el hambre de su pueblo y que su Palabra, cual otro alimento, corre veloz como un mensaje que ha sido enviado.²

La segunda lectura -tomada de la primera carta del Apóstol San Pablo a los corintios- proyecta el cuerpo y la sangre sacramental de Jesús, al cuerpo comunitario de la Iglesia. El pan partido -siendo uno- nos construye en unidad, aunque los creyentes

¹ cf. Dt 8,2-3.

² cf. Sal 147, 14-15.

seamos muchos. El compartir todos una misma comida, en una misma mesa, es uno de los hechos más comunes e importantes en la que expresamos que somos familia. Así como no hay cuerpo que no se sustente sin comida; de igual manera, no hay familia (cuerpo comunitario), si no se reúne a comer y a celebrar.

También nosotros, según los diversos lugares donde vivimos, ya estamos en un proceso, no solo de apertura de templos, sino también de re-inicio de las celebraciones. Esto que señala San Pablo se nos vuelve ahora más patente ya que, en el tiempo de confinamiento, la comunidad creyente no podía reunirse, como familia, a comer y a celebrar alrededor de la mesa del altar. Falta algo muy importante cuando la mesa está servida y los comensales no pueden reunirse a comer y a festejar. En el tiempo de aislamiento, las celebraciones transmitidas por las redes sociales mostraban una celebración de la Eucaristía sin comunidad. Ciertamente, si bien ese medio ayudó a muchos fieles, también es cierto que es muy limitado. La transmisión virtual de una celebración es solamente eso: transmisión virtual. No es propiamente participar de una celebración.

La Eucaristía es para la comunidad; así como la comida es para la familia. Sin comunidad, ciertamente la Eucaristía sigue teniendo su infinito valor; no obstante, la expresión comunitaria y su significación eclesial quedan muy limitadas. Al volver a celebrar, hay que plantearse el verdadero sentido y la real significación comunitaria de este hecho: ¿qué hemos aprendido en estos meses en los cuales no pudimos acceder a la Eucaristía sacramental?

En el Evangelio los judíos se preguntan acerca del “*cómo*” Jesús va a dar de comer su cuerpo y de beber su sangre. Por cierto, hubo que esperar hasta la Última Cena para descubrir, desde la fe, la modalidad de esa entrega del Señor.

Jesús remarca la realidad de su comida y de su bebida: las adjetiva como “*verdaderas*”.³ Esto no alude a una metáfora, sino que indica algo literal. Además, hay que notar la conexión que establece entre su alimento y la vida. Si bien todo alimento sirve para sustentar la vida; en este caso, el Señor afirma que es para “*la vida eterna*”, de tal modo que sirve para la resurrección “*del último día*” (6,54). No es un alimento común. Tampoco es el alimento milagroso que recibió Moisés y su pueblo.⁴ El alimento que entrega Jesús es aún más extraordinario. Tiene un efecto real y espiritual, incluso un efecto futuro: para la resurrección final. La vida que comunica su alimento, no es cualquier impulso vital natural, sino la misma vida que tiene el Padre y el Hijo: “*vivo por el Padre, de la misma manera, el que me come vivirá por mí*” (6,57).

Pidamos al Señor, entonces, que al regresar a celebrar su Eucaristía podamos revalorizarla espiritualmente después de haber atravesado el desierto del confinamiento y que, más allá de los protocolos de bioseguridad necesarios con los cuales debemos cuidar nuestras celebraciones, no pensemos que hay que volver a “*la nueva normalidad*” pastoral y litúrgica de la misma manera que antes. Algo profundo ha cambiado en el mundo y en la Iglesia. Algo hondo ha sucedido en todos nosotros en este tiempo. No volvamos intentando “*restaurar*” lo que ya conocíamos. Seguramente tendremos que tomarnos tiempo para que los necesarios cambios reales puedan comenzar a ser visibles

³ cf. Jn 6,55.

⁴ cf. Jn 6,58.

en la sociedad y en la Iglesia. Tenemos que ser conscientes que estamos en un nuevo tiempo inaugural de cambios profundos. Amén.

Preguntas para el discernimiento

1. ¿Cómo has vivido este tiempo de ayuno eucarístico, de ayuno de celebraciones, de ayuno comunitario y de dispensa del precepto dominical?
2. ¿Qué es lo que percibes que, en este tiempo, ha cambiado en tu interior respecto a tu vida espiritual y a tu relación con Dios?
3. ¿Cuáles son las actitudes que tenemos que evitar en la re-apertura de los templos y de las celebraciones?

Oración

Señor Jesús tu "*inventaste*" una forma
para que incluso pudiéramos comer tu carne
y beber tu sangre.

Quisiste no reservarte nada para ti.
Deseaste ser comida y bebida
para ser partido, repartido y compartido,
y pudiéramos masticarte y beberte
e incorporarte a nuestro cuerpo
y desde allí sustentaras
nuestras personas
en todo lo que somos.

Te damos gracias
porque una forma tan íntima y profunda
de estar con nosotros y en nosotros
solo puede ser obra de un amor
capaz de comunicar y sustentar vida.

Amén.